

# EL HOMBRE DEL HELADO

Con el siglo XX, hizo su aparición la luz eléctrica en Las Palmas. En 1901 se instaló la fábrica de hielo, y con ella llegó el helado.

Al decir que llegó el helado, queremos decir que, democráticamente, ya era asequible a todos los bolsillos por humildes que fueran; lo había de todos los precios, desde la modesta galleta de "perra chica" a la respetable y oronda de "dos perras



gordas", y de ahí para arriba la cantidad que cada bolsillo pudiera soportar. Antes, tan sólo había sido manjar de gente adinerada y mesas opulentas; para ellas el conseguirlo también era toda una aventura, por eso tan sólo hacía su aparición en contadas ocasiones ó fiestas de muchas campanillas.

Bien es verdad que en las postrimerías del siglo XIX, ya había una pequeña heladora en la ciudad, se llamaba "Mar Fea". Con tan sonoro é hiperbólico nombre, estaba situada a orillas del Guiniguada, en la esquina que forma la calle Muro y la Plaza del Príncipe Alfonso (hoy Plazuela) en una casucha vieja y destartalada que siempre se inundaba, cuando en los inviernos lluviosos corría el barranco. En ella se servían deliciosos sorbetes y helados. Para poderlos hacer había que traer la nieve de los profundos pozos de la Cumbre, donde se conservaba en paja y así, envuelta en esa paja y/recubierta con mantas, la trasladaban en mulas hasta la Vega de San Mateo, y desde allí a Las Palmas. Otras veces, se importaba desde la ve-

cina isla de Tenerife, de donde llegaba en pequeños veleros.

Ni que decir tiene que la llegada del helado vendido por las calles, fué toda una novedad que conmovió a Las Palmas, ciudad tranquila, amodorrada bajo el intenso sol, con sus calles estrechas y empedradas, sus carros y sus tartanas y sus bellas mujeres envueltas en blancas mantillas, que airosamente lucían con gracia, sombreándoles los ojos y cruzandola recatadamente sobre el pecho.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa, mientras el hombre del helado, con su trompeta chillona y la garrafa del rico postre cargada sobre el hombro, un "paisa" venido de un lejano rincón de la Península con sus blancas alpargatas de esparto, su pantalón de verde pana, su negra faja que le servía de cobijo al monedero y hacía constatar más la blanca y arremangada camisa, el negro chaleco abierto, el rojo pañuelo atado al cuello, todo ello rematado por una negra boina, voceaba, cantaba en sonoro recitado su rica mercancía.

Al conjuro de su trompeta se conmovía la ciudad, se abrían las puertas, las calles se llenaban de chiquillos y cual otro "flautista de Hameling" los hacía correr a su encuentro.

- Una galleta de perra chica...
- No, a mí primero...
- A mí otra...

Y así, rodeándole, atropellados, empujándose unos a otros, iban recogiendo cada uno su galleta y paladeándola gustoso, mientras pasaba la lengua golosa por el dulce y frío rellenos.

Por las mañanas, hombre astuto para el negocio, con andar pausado se paseaba frente a la Plaza del Mercado, y allí empezaba lo que bien pudiéramos llamar "ceremonia de venta".

Primero era el prolongado y estridente grito de la trompeta, Pupuuuu... Pupuuu... Pu puuuu...

Luego, con voz sonora, una voz chillona y un poco gangosa, gritaba:

- ¡Al helaoooo...! ¡al rico mantecaooo!

*la mujer que vá a la Plaza  
y se toma un rico helao,  
cuando regresa a su casa  
y dá a niño de mamar,  
este prenta asombrao...  
¡Ay que rico mamaita!  
¿que "más" dao?  
mantecao, hijo mio, mantecao  
de la Plaza del Mercao...  
Pupuuuu... Pupuuuu... Pupuuuu...  
Al rico helao! ¡Al rico mantecaooo!....*

Ni que decir tiene que al conjuro de toda esta salmodia, y a la llamada de la trompeta, pronto quedaba el cacharro, corazón de latón de la garrafa, vacío y no era extraño el oír los comentarios del goloso, ¡ay que rico! ó el del glotón que por apurarlo muy deprisa al sufrir las consecuencias, con la mano en la boca se quejara, ¡ay mis muelitas! ¡ay mis muelitas!

Luego, la chiquillería insaciable, por "cortesía" del hombre del helado, daban fin a lo que quedaba, el salado hielo, que había ayudado a mantener endurecida la dulce crema. Así que se oía:

- *Ande, cristiano, deme un cachito de "yelo"...*

Y el hombre del helado, magnánimo, sin hacerse rogar mucho, se iba repartiendo los fríos cristales, que hacían las delicias de los chiquillos, luego vaciando el agua sobrante en la calle, cargaba de nuevo con la garrafa, mientras una sonrisa feliz le venía a los labios por lo magnífico del negocio, y se iba para volver al rato, con su heladora llena, su embrujada trompeta y su eterno estribillo:

*Pupuuuu... Pupuuuu... Pupuuuu...  
¡Al helado...! Al rico mantecaooo!  
La mujer que vá a la Plaza...*

JOSEFINA MUJICA